

Santa Rufina, Diego Velázquez

Santa Rufina
(1628-29)
Diego Velázquez
Óleo sobre lienzo

Obra adquirida por la Fundación Focus-Abengoa
el 4 de julio de 2007
en subasta pública para la Ciudad de Sevilla

Del 1 al 31 de octubre de 2007
Ayuntamiento de Sevilla (Plaza Nueva)

Visitas guiadas

Horario de lunes a viernes:
10 a 13,30 h.
17 a 19,30 h.

Teléfono de información: 010



Con la colaboración de



NOÏDO
AYUNTAMIENTO DE SEVILLA



Santa Rufina

El curso del tiempo ha visto numerosos expolios artísticos de los grandes maestros. La lista sería interminable y muy diferentes los motivos. Por fortuna, en ocasiones, algunas obras se recuperan para que vuelvan a ser contempladas. Éste es el caso de la pintura de *Santa Rufina* de Diego Velázquez, que tras formar parte de destacadas colecciones españolas como la del sexto Marqués del Carpio, la Casa de Alba, Sebastián Martínez, o el Marqués de Salamanca, salió del país a mediados del siglo XIX, recorriendo Londres, Buenos Aires, Brasil y Nueva York. Es ahora cuando ha regresado a Sevilla, completando la escasa representación que existía en la ciudad de uno de los pintores españoles más universales. Velázquez nació en Sevilla el 6 de junio de 1599, viviendo en la antigua calle de la Gorgoja, donde se conserva su casa natal. Entre 1617 y 1624 se desarrolló su aprendizaje y madurez artística en una ciudad que fue su gran maestra. Sevilla era por entonces uno de los principales puertos europeos, al que llegaban las principales novedades artísticas, procedentes del norte de Europa y de Italia.

Su historia comienza en 1617, cuando ingresa como discípulo de Francisco Pacheco, en un taller que el erudito local Rodrigo Caro llamaba “la cárcel dorada del arte”. En un breve plazo de tiempo, el joven Velázquez cambiará el rumbo de la pintura sevillana hacia el naturalismo, representando de forma admirable las facciones de los rostros y los objetos cotidianos, protagonistas de sus primeras obras. A sus excepcionales dotes para la pintura, habría que añadir una sólida formación teórica en el taller de Pacheco, donde frecuentaría las tertulias de poetas, escritores, religiosos, nobles y artistas sobre la cultura artística, la literatura, la mitología o la antigüedad. De espíritu inquieto, su deseo de aprender y alcanzar las cimas más altas en la pintura, le llevaron a la Corte, donde fue nombrado en 1624, con tan sólo 25 años, pintor del rey Felipe IV.

Aunque el lienzo de *Santa Rufina* fue pintado entre 1628 y 1629, cuando Velázquez ya se había trasladado a Madrid, y poco antes de emprender su primer viaje a Italia, la obra tiene unos estrechos vínculos con Sevilla. No es descabellado pensar que el cuadro fuese encargado por algún sevillano, de los muchos que por entonces vivían en una corte dirigida por el Conde-Duque de Olivares. La propia temática del lienzo así lo indica, al representar una de las iconografías más queridas en la ciudad. Una Santa Rufina niña, que se

representa en solitario, sin su hermana Justa y sin la Giralda que suele aparecer en el centro. La factura de la pintura es admirable, recordando todavía el naturalismo sevillano en el dibujo ajustado, el fondo oscuro y la densidad de pasta que Velázquez empleaba. Son excelentes también los detalles de bodegón, como la escudilla, el tazón y el plato de loza blanca, que la niña sostiene y que aluden a su origen alfarero en Triana. O la soberbia palma, símbolo del martirio al que le condujo el gobernador de la Híspalis romana, Diogeniano.

Pero lo que más destaca del lienzo es el rostro melancólico y humilde de la santa, con su expresión natural, que parece tomada del retrato de una de sus hijas, Francisca o Ignacia, que por entonces tendrían entre 10 y 12 años de edad. La última restauración realizada ha permitido descubrir en la parte superior derecha, la huella de la limpieza de los pinceles de Velázquez, quien habitualmente los descargaba de pigmentos en un extremo del cuadro, y que nos permite conocer un dato más de la historia de este singular lienzo.

